

- Prólogo -
Joan Guerrero,
alquimista en blanco y negro

Con este libro, hoy abrimos de nuevo aquella sección de *El País* «La ventana de Guerrero», donde diferentes escritores comentaban una foto determinada de nuestro fotógrafo tarifeño. Pero hoy abro también de par en par la ventana de mi habitación de emigrante en minúscula para que entren el aire del recuerdo común y la luz del paralelismo vital. La persona y la obra de Joan/Juan Guerrero actúan de espejo en el que veo reflejados cada instante, cada sensación y cada segundo de nostalgia que tantas veces me abordaron. Ambos amamos a Tarifa y ambos tenemos escritas en el viento y en la arena de Los Lances nuestra infancia y nuestras ilusiones.

He oído las fotos de Joan Guerrero. Sus palabras revelan la verdad que ve y positiván unos sentimientos que han definido su vida. Él lo resume diciendo «todo el trabajo es válido si es honrado».

***Sus fotos destapan
realidades que molestan***

Este libro es un homenaje parcial, y con retraso, a Joan Guerrero. Es ese homenaje que se apuntó en el debe de la contabilidad común tarifeña. Nadie sabe por qué se quedó olvidada aquella factura que se había generado hacía ya mucho tiempo, y que Wenceslao encontró traspapelada en esos cajones de la memoria que chirrían al abrirse perezosamente.

Juan es un fotógrafo puente. Sus fotos destapan realidades que molestan y las lleva al laboratorio de la conciencia común, aunque para ello tenga que echar el doble de líquido revelador. Él comunica dos espacios separados por el vacío del no querer saber, del querer obviar la realidad. Y ahí está el constructor de puentes. Y por eso le llamamos con todo el cariño Joan, porque con su mirada, con su enfoque, nos acerca a Cataluña, a esa Cataluña que se empeñan en que no amemos. Esa región acogió a uno de los nuestros, al igual que a otros muchos que tuvieron que coger, sin mirar atrás, el Sevillano, aquel tren que durante diecisiete horas, traviesa a traviesa, iba triturando el tiempo pasado, mientras, estación tras estación, fijaba en los corazones el apego y la pertenencia a la tierra que iba quedando atrás.

Dice Joan que viajó con un atillo bajo el brazo, «ligero de equipaje», pero a diferencia de *Retrato (Campos de Castilla)* de Antonio Machado, -a quien tanto admira y busca-, Joan empieza su camino. No es el último viaje de *Retrato*, no, es el viaje contrario, el iniciático. Quizás no lo sabe con certeza o todavía, pero había sido elegido por el destino para capturar/retratar para siempre un mundo al que le quedaba poco para disolverse. En Santa Coloma de Gramanet encontró ese mundo cambiante, y lo tuvo que hacer solo, porque nadie quería ir a donde él sabía que radicaba la poesía que pondría letra a sus imágenes, o viceversa.

Renuncia a la fotografía en color porque el color está en nuestras mentes

Se mezcló rápidamente entre aquella gente llevado por la fuerza irrefrenable de su compromiso. Llegó a autodenominarse Zampanó, un nombre chocante porque Fellini (en *La Strada*) retrata a un ser contrario a Joan. Pero él encuentra un referente en aquel personaje, y es el leitmotiv de su existencia: lo importante que es tener un propósito en la vida.

De ahí al «Maestro», yo diría al «maestro de maestros». Empieza por renunciar al arte como meta y se queda con lo esencial de cada



«Escuchas sus alas» fotografía de Joan Guerrero tomada en el barrio de El Raval (Barcelona) en 1998.

momento, de cada vida que recoge y resume en un clic de su Leica. Renuncia al color porque el color está en nuestras mentes. Él lo que hace con sus blancos, grises y negros es despertarlo en nosotros. Convierte lo estático en dinámico porque transporta lo que ve, lo que existe, pero no se quiere ver, y lo positiva en sus láminas. Incluso su tema vocacional, la emigración, como destaca Nono Domingo, es dinámico. Y es que sé que no hay nada más dinámico que la emigración. No hay nada más ágil que el hambre y la necesidad. Se adelanta al mundo como notario gráfico de la emigración, pero lo hace sin descanso, porque ésta no sólo no se detiene, sino que evoluciona en el tiempo y en el espacio, y ahí están el objetivo y la paciencia de Joan para grabarla en nuestra conciencia a través de los periódicos, a los que ha dedicado la mayor parte de su vida profesional.

Sus dos armas son el objetivo de su máquina y su paciencia, por eso he titulado este prólogo como *Joan Guerrero, el alquimista en blanco y negro*. Tenía otros dos títulos, *Un pescador en blanco y negro* y *El*

hombre que cazaba con una cámara de fotos; pero me decidí por lo del alquimista porque éste, como Joan, es el que convierte una materia (el momento oportuno, exacto) en oro/en imagen común (para todos). Él se define ambivalente, pescador/cazador, y lo demuestra. Es pescador porque nació en Tarifa, porque sabe que el pescado entra o sale con las mareas y las corrientes, y así capta por intuición algunas de sus mejores fotos. No son casualidad, son fruto del copo de su paciencia. Se sube al bote de la luz y se sitúa en el centro de la traña hasta que captura la imagen que su mente ya había adivinado (alquimista), así su famosa *Escuchas sus alas*. Pero también es cazador porque nació en Tarifa, tierra de campos y arroyos. Si nos fijamos bien, el cazador y el fotógrafo tienen mucho en común. Las secuencias de ambos son la misma cosa. Cierran el ojo izquierdo, miran por el objetivo/punto de mira, enfocan el objeto (el mismo), esperan («ese instinto que le lleva a observar antes de encuadrar», apostilla Ildfonso Sena), mantienen la respiración, disparan, y ya está. Uno coge la pieza y Joan su imagen, pero, a diferencia del cazador, se queda con la vida, con su instante.

Su profesión ha estado marcada por la espera. Es una de sus señas de identidad, y, como Celaya, espera el instante, aguarda a la poesía y al poeta. Como Celaya, espera eternamente a Miguel Hernández:

«Han llamado a la puerta, y no, no era Miguel tampoco esta vez.
¿Por qué no viene, por qué es imposible que venga?
Le estoy esperando siempre.»

Sebastián García León
Desde la distancia, toda una vida ligada a Tarifa